

The background of the cover is a photograph of a tropical coastal scene. In the foreground, there are several palm trees, some in sharp focus and others blurred. In the middle ground, a row of modern, multi-story buildings is visible along the shore. Beyond the buildings, a body of water stretches towards a range of mountains in the distance. The sky is filled with soft, white and grey clouds, suggesting an overcast or late afternoon setting. The overall color palette is dominated by blues, greens, and greys, with a warm, golden light filtering through the clouds.

Nada
es perfecto en Hawái
Màrius Serra

En la isla de Hawái se celebran un congreso sobre el capitán Cook —el mítico descubridor de las islas— y la inauguración de un complejo turístico, pero un accidente sabotea la festividad en la isla donde nació el presidente Obama. El joven periodista hawaiano Tom Rodley cubre e investiga el suceso. Le acompaña Jane Auden, una antigua compañera de estudios muy atrevida.

Rodley trabaja en una novela sobre el capitán Cook y vive en una caravana cerca del Bed and Breakfast que regenta su madre. Su padre murió treinta años atrás, cuando Rodley tenía solo siete, pero él sigue obsesionado con esa muerte. La investigación sobre el presunto atentado, el enigma de sus padres y los interrogantes sobre el capitán Cook se cruzan en una novela que realiza un panorama vivísimo de Hawái.

La isla que fue el paraíso del hipismo y del amor libre en los años setenta, y que ahora es explotada tanto por constructores y hoteleros como por gurús que sacan partido de las tradiciones paganas, es el mejor escenario para una novela que arrastrará y emocionará a los lectores.

Lees el título: *Nada es perfecto en Hawái*. No puedes evitar sonreír. La cubierta también te gusta. Tomas el libro de la pila y lees la contracubierta. Lo sopesas con las dos manos y lo abres para ver cómo empieza. Pasas unas cuantas páginas, indeciso, y, al final, te detienes ante este párrafo inicial, que pensabas que era una cita hasta que has leído la primera frase. Ahora ya estás aquí. Antes de comprar el libro sacas el móvil y abres la aplicación de Google Maps. Ves que el punto azul te localiza aquí mismo, en la librería. Te cleas Hawái. La primera opción lleva por subtítulo Estados Unidos de América. La clicas. Vas a un archipiélago, como cabía esperar. El puntero rojo está en la isla más grande. La amplías con el gesto característico de deslizar los tres dedos. Como un pellizco, pero rebobinado. Despellizas la pantalla y aparecen unos cuantos topónimos escritos en color blanco. El más cercano al puntero, Mauna Kea, parece la cima de una montaña. Recuerdas la palabra que más te ha llamado la atención de la contracubierta: Kealakekua. La te cleas y el puntero se clava en un punto homónimo de la carretera 11, justo al lado de Captain Cook. Ya estás ahí. Vas rebobinando pellizcos en la pantalla de tu móvil hasta que Google Maps empieza a mostrarte árboles y tejados. Ya no puedes ampliarlo más. El puntero rojo contrasta, rodeado por el verdor de un bosque. Deslizas el dedo hacia derecha e izquierda para observar el paisaje que te ofrece Google View. Los colores están algo saturados. El verde de los árboles se amortigua en alguna zona rocosa. De vez en cuando aparecen rectángulos de color claro que deben de ser tejados. A vista de satélite, Kealakekua parece una zona

poco poblada. Además, al acercarte tanto has perdido la referencia del mar. Pellizcas la pantalla para elevar la mirada hasta que el océano vuelve a aparecer, por el lado izquierdo del encuadre. Entonces teclas Memorial Captain Cook, y el puntero se clava en la línea divisoria entre el verde y el azul. Se adivina un monumento. Estás en el punto exacto de la costa hawaiana donde el 14 de febrero de 1779 el capitán James Cook murió a manos de los isleños. Exactamente donde empieza esta novela que te lleva al Hawái del año 2009.

Kahi

15 de enero de 2009, isla Grande de Hawái

De buena mañana, los accesos a la parte costera de la carretera 11 aparecen empapelados. Decenas de metros de precinto cierran el paso a vehículos y a peatones. Un control policial regula el desvío de Mamalahoa Highway, el único acceso a la zona habitada de Kealahou Bay. Solo dejan pasar a los vecinos y a los vehículos de la prensa. También los accesos a la playa de Honaunau-Napo'opo'o están precintados.

La policía patrulla la zona. Los agentes de paisano ya han detectado las pancartas colocadas de madrugada en lugares estratégicos para conseguir visibilidad mediática. Banderas hawaianas y mensajes genéricos (Free Hawaii) o más específicos (No Wells Epoch). No son muchos, pero su sola presencia excita el instinto de algunos periodistas y les hace olfatear un conflicto succulento.

El extremo de la bahía que ocupa el complejo turístico Wells Epoch solo es accesible por agua o a pie. Muchas embarcaciones con turistas se acercaban a practicar esnórquel hasta que las obras empezaron a remover los bancos de coral. Por tierra, los clientes más andarines del Bed & Breakfast que regenta doña Georgina Rodley solían bajar por el camino que permite acceder al obelisco en memoria del capitán Cook. Es escarpado y atraviesa campos de maíz un poco difíciles de mantener a raya, pero eso lo hace más atractivo. La construcción del nuevo resort lo ha cambiado todo.

La mayoría de profesionales que cubrirán la inauguración han dormido en los vehículos adaptados que transforman la playa de Napo'opo'o en un bosque de antenas parabólicas que parecen sobresalir de los restos del antiguo templo polinesio. Las furgonetas antenadas ocupan todo el espacio, y los técnicos andan locos intentando asegurar la conexión desde la unidad móvil que cada uno ha empotrado como ha podido en la zona habilitada a instancias del mayor de la isla para llevar a cabo el seguimiento del acto. Hay empujones y codazos, como siempre, pero los clásicos rifirrafes entre medios esta vez también se proyectan en el espacio radiomagnético, porque la cobertura escasea y todo el mundo se esfuerza por conseguir su cuota de ancho de banda.

Tom se ha levantado pronto y ha ido a echar una mano a la cocina. Las diez habitaciones del establecimiento están ocupadas por las estrellas de los canales más importantes y hay que servir muchos desayunos. Joseph Russell de la BAN acapara tres: una suite para él solo y dos triples para sus colaboradores más cercanos. Anoche la productora jefe estuvo despachando en la suite con el señor Russell hasta muy tarde.

Las otras siete habitaciones se las reparten otros presentadores estrella de los canales de alcance nacional y distintos medios locales que se han apresurado a la hora de hacer que prevalezcan sus derechos territoriales. *Wifi News* no figura en esa lista. Su director cuenta con la proximidad de Tom. Pocas veces una noticia ocurre tan cerca del domicilio de un periodista. Aun así, le ha asignado un editor para que tutele sus crónicas y ha comprado la señal de la BAN para emitir la ceremonia en *streaming*.

—Algunas pancartas de oposición al proyecto ya pueden leerse mucho antes de la hora prevista para la inauguración —se desgañita la intrépida Jane Auden—. Tal como podemos ver en las imágenes, han aparecido algunas tími-

das muestras de protesta en las casas de algunos vecinos de Captain Cook.

Mientras la enviada especial de Channel Fork transmite esta información, el cámara que la acompaña se esfuerza para ilustrarla. Pero las pancartas y las banderas están en viviendas muy separadas y se ve obligado a acelerar las transiciones en unos *travellings* que marean a los telespectadores.

—Como ven, hay banderas independentistas hawaianas —prosigue ella con entusiasmo—, pancartas de «Free Hawaii» y otras inscripciones como por ejemplo, a ver si somos capaces de distinguirlas...

El cámara espasmódico detiene su deambular en una sábana sucia que cuelga de una baranda muy oxidada. El viejo Keale ha pintado dos palabras con espray negro: *fuck* y *tourism*. La enviada especial permanece tres segundos en silencio y sale del aprieto como puede.

—... y otras fórmulas genuinas de expresar el profundo malestar que provoca la construcción del complejo Wells Epoch que hoy se inaugura en uno de los parajes más vírgenes de la isla Grande de Hawái.

Tom conoce a Jane Auden de la época en la que coincidieron en la facultad de periodismo. Admira su espíritu crítico, pero a menudo le parece que lo exacerba. Cree que el lucimiento personal es el gran problema del periodismo. Aquella mañana, después de servirle el desayuno, la acompaña hasta la zona de prensa por el escarpado caminito que separa el modesto Bed & Breakfast del fastuoso complejo turístico. El paso está tan transitado como un camino del Himalaya en temporada alta. Mientras baja por él, Jane toma nota de que es un hormiguero de profesionales cargados con todo tipo de bártulos que maldicen la dificultad orográfica. Más de un cámara ha rodado roquedal abajo, protegiendo con todas las partes del cuerpo el alma más preciada, su cámara.

Los esclavos de Russell en la BAN ya le han montado el set desde el que el gran monstruo de la comunicación norteamericana transmitirá la llegada de los primeros inquilinos al complejo turístico Wells Epoch.

—Buenos días desde Wells Epoch —silabea Russell con una sonrisa de oreja a oreja que le secuestra el rostro cada vez que su sistema visual detecta una cámara con el piloto encendido—, un espacio recuperado a la naturaleza en un rincón idílico de Captain Cook, una CPD, es decir, una concentración de población designada por el censo de Estados Unidos en la isla Grande de Hawái, que pertenece al distrito de Kona Sur y a la división de Kealahou, universalmente conocida porque fue el lugar exacto donde se produjo la muerte del gran conquistador del Pacífico, el capitán James Cook.

Russell adora las explicaciones prolijas, y suele transformar en subordinadas las oraciones que le escriben sus subordinados. Sus detractores, entre ellos Tom, lo tachan de enciclopedista de pacotilla. Sus ayudantes siempre encabezan los guiones que le preparan con datos extraídos de la Wikipedia sobre la localidad desde las que se realiza la conexión. Siempre funciona. Solo tienen que añadir algún dato curioso que no figure en la entrada wikipédica, y seguro que Russell lo bendice.

—Falta justamente una hora para que una *préplica* del *Resolution* fondee en este extremo de Kealahou Bay, a escasos metros de donde lo hizo el capitán Cook —dice Russell, feliz de inventar palabras sin querer como esta *préplica* que le ha salido trabucada en pleno torrente verbal y que le suena a *precuela*—, y muy pronto los lujosos botes de este complejo turístico con ínfulas históricas se acercarán a él para que los primeros inquilinos puedan embarcar.

De momento Russell ha decidido obviar las pancartas esporádicas que han aparecido en algunas casas de Captain Cook. El equipo le ha comunicado que Channel Fork

ya las ha mostrado, y Russell ha insultado a Auden fuera de antena.

—¿Creéis que cuatro trapos sucios son noticia, cuando estamos a punto de revivir la apoteósica llegada del capitán Cook a este archipiélago?

Nadie de su equipo se atreve a responder. Russell es muy amante de las preguntas retóricas.

La zona habilitada para la prensa ya bulle. Tom observa que otros medios tampoco se hacen eco de los leves indicios de protesta. Pero la línea de transparencia que encarna Jane Auden también tiene seguidores. Una radio local consigue entrevistar al viejo Keale, responsable de la sábana ofensiva. El hombre mantiene en la oralidad su afición por el verbo escrito en la pancarta y encadena, en unas declaraciones de no más de dos minutos, cuatro términos inconvenientes.

—La ceremonia constará de tres partes —informa Mike Waters a sus seguidores del canal TBO—. La llegada del barco a la bahía, una bienvenida sorpresa que la organización mantiene en riguroso secreto, y la recepción de los viajeros que van a bordo del nuevo *Resolution* y que serán alojados en las instalaciones del complejo Wells Epoch.

Tom hace zapping en la sala de televisión, el espacio donde ha forjado su gran experiencia internacional sin apenas moverse de allí. Desde que su padre desapareció y la vida le recluyó en el caparazón de esta casa, se alimenta de un rumor de expresiones primarias, de gracias y porfavores en acentos muy diversos y, a veces, incluso en lenguas distintas del inglés. La sala de la tele del Bed & Breakfast ha sido su verdadera universidad. Ahora, mientras hace zapping, del petulante Russell a la camorrista Auden, y de ella al sabelotodo Waters, oye a su madre que cuelga el teléfono en la zona de recepción y que le llama.

—Tooom, no dejan de llamar de periódicos y radios para pedir información sobre esas pancartas de protesta que por lo visto han salido por la tele —grita Georgina, sin mo-

verse de la recepción—. ¿Tú sabes algo? Si esto no acaba pronto, seré yo la que ponga una pancarta en la puerta.

Tom sonríe. Los ataques de ira de su madre le hacen tanta gracia como sus ataques de euforia. En ellos aflora todo el temperamento que la gente dice que tenía. Un carácter que ha quedado sepultado bajo el duelo de la soledad y de la rutina del Bed & Breakfast.

—Son protestas contra el hotelón ese de aquí abajo que hoy inauguran. Yo creo que no hay para tanto, pero ya sabes cómo somos los periodistas.

—¡Sí, claro!

—En estos momentos —profiere la timbrada voz de la cadena líder— el grupo de bailarines de la comunidad de Captain Cook ha empezado a ejecutar las danzas tradicionales de hula, que en su día tanto fascinaron al capitán Cook y, sobre todo, a sus hombres.

Russell adereza sus comentarios con un cúmulo de datos debidamente recogidos por sus guionistas.

—Los miembros del grupo de danza pertenecen a la comunidad nativa, pero les une una pasión común, valga la redundancia, que en los últimos tiempos ha saltado a la palestra: la hulaterapia —dice con voz engolada Russell—. Una actividad vagamente terapéutica, inspirada en la serie de televisión *Frau Luau* que Kameha Nuha ha transformado en una terapia de masas.

Los danzantes, que ahora suben al escenario montado junto al templo, ejecutan hulas tradicionales. La zona vip destinada a las autoridades está muy alejada del público, en un tramo de la bahía que no tiene un acceso fácil por tierra, resguardado bajo la protección del acantilado. Una embarcación les acaba de llevar, después de haber visitado en primicia las instalaciones. Patrones, patrocinadores y representantes institucionales han confraternizado en un cóctel servido en el interior del salón submarino de Wells Epoch, después han espiado a los peces tropicales desde los

cilindros transparentes que se adentran en el océano, y ahora se afanan en ocupar sus lugares de honor.

En el pueblo hace mucho calor. Cada paso de baile tiene un significado fácil de retener, pero el mérito de Kameha Nuha ha sido modernizar el hula. La apoteosis de su método inspirado en la serie *Frau Luau* se produjo cuando publicó un libro sobre la necesidad de reinventarse emocionalmente, escrito con frases breves como tuits. Un concepto revolucionario que, con el apoyo de la célebre protagonista de la película y de la serie, ha acabado triunfando.

Tom no sabe el motivo, pero su madre recibió en casa un ejemplar de dicho libro dedicado y firmado por el autor. Ya desde el principio, todo eso de la hulaterapia le pareció una verdadera sandez. Ahora le provoca lo que a menudo denomina urticaria de muelas, quizá porque la incita a morder a todo aquel que osa hacer alguna de esas ridículas microcoreografías que la hulaterapia ha popularizado. Por eso, cuando asoma la nariz por la habitación de la tele y ve a los discípulos de Kameha Nuha bailando hula se cabrea como una mona.

—¿Eso es lo que quieren mostrar al mundo sobre Hawái? ¡Mejor sería arrojarlos a todos al mar!

Tom sonríe. Las autoridades acaban de ocupar los asientos de privilegio. Los de la primera fila llaman la atención, porque van vestidos de época, en honor a Wells Epoch. La famosa actriz también está sentada en la zona vip, al lado de las esposas de los mandatarios que presiden la ceremonia desde el palco de honor. Van vestidas de calle, pero ataviadas con los preceptivos leis.

—A la llegada del mayor, se han oído algunos abucheos de desaprobación —comenta Auden con expresión tensa— por parte de un grupo de vecinos agrupados tras una pancarta.

Aunque Channel Fork ha conseguido filmarlos, la pancarta no se lee bien.

—En estos momentos, el señor Thomas Cook, mayor de Hawái y sucesor de los gobernadores reales de la isla Grande bajo el reinado de Kamehameha, se sienta vestido de época en el sillón presidencial para presenciar la vibrante ceremonia —se relame Russell—. Es el máximo representante del hawaiano más ilustre de todos los tiempos, el presidente electo Barack Obama, que tomará posesión del cargo dentro de cinco días.

Russell tiene previsto volar esta misma noche a Washington para capitanear los preparativos de la cobertura de la ceremonia presidencial que ofrecerá la BAN, retransmitida para toda la nación y para medio mundo.

—Las danzas que inician esta ceremonia datan de los tiempos del capitán Cook —relata Waters para TBO, con tono más neutro.

—Cuando la tripulación del capitán Cook supo que las bailarinas llamaban *lei* a los collares de flores vieron muy claro cuál era su objetivo inmediato —dice Russell con una sonrisa, reproduciendo así el primer juego de palabras que los marineros aprendieron en Hawái, entre el *lei* floral y el verbo *lay*, que en inglés se usa para indicar que «yaces con alguien».

—Ah, ya me extrañaba a mí que todavía no hubiese salido el chistecito del *lei* —se lamenta Tom desde el sofá—. Tenía que ser Russell...

—Deja de saltar de canal en canal —le riñe su madre.

—Me gusta ver cómo lo explican en los distintos medios, mamá, es una deformación profesional.

—Esa mierda de apartamentos de lujo no serán mejores según quién te lo cuente.

Cuando, algunos años antes, Tom le dijo que se había matriculado en la facultad de periodismo, su madre le respondió que allá él, pero que ser periodista era la segunda cosa peor que se podía ser en la vida. Solo había una peor. Ser asesino.

Channel Fork ha situado una cámara en la terraza del Café Shack, regentado por simpatizantes de su línea editorial como medio de comunicación, y es la única tele capaz de mostrar contraplanos que permiten una visión completa de la escena, en contraste con las imágenes oficiales, mucho más acotadas, que sirven las otras cámaras situadas en los emplazamientos autorizados.

Cuando termina el baile se oyen gritos. Tom los capta en la retransmisión de Waters.

—Un grupo reducido de los asistentes al acto aprovechan los silencios que se producen entre canción y canción para lograr que se oigan sus mensajes de oposición —dice Mike Waters—. Según hemos creído apreciar, entre los más coreados destaca «Hawái para los hawaianos». Una aspiración muy noble, si me permiten la opinión personal.

Waters simula que se moja, pero en realidad se aferra a la fuerza de la obviedad para esquivar el conflicto. Russell se resiste a mencionarlo. Su máxima es que una bomba no es noticia hasta que estalla. Una apreciación que formuló en *prime time* el 10 de septiembre de 2001 y que le ha catapultado a la fama entre los amantes de los seminarios sobre periodismo. Pero la contención tiene unos límites, y Russell no puede evitar comentar las imágenes del momento más esperado de la ceremonia: la irrupción de la réplica del *Resolution*, según él la *préplica*, en el horizonte de Kealakekua, doscientos treinta años después o, como dice la publicidad de Wells Epoch, veintitrés décadas después de la llegada del capitán Cook.

A bordo de este nuevo *Resolution* el grupo de turistas disfrazados de época convive como puede con los movimientos de la mar rizada. La familia Puig se divide entre menores de treinta y mayores de sesenta. Los unos disfrutan de la travesía, y los otros están tan mareados que ya no saben qué hacer. El señor Puig está muy pálido y aguanta como puede sin descomponerse en público, pero ya ha visitado discretamente tres veces el lavabo para vomitar.

El barco se perfila, majestuoso, rodeado de pequeñas embarcaciones que invitan a pensar en el episodio histórico que ahora se pretende parangonar. Una minúscula embarcación de las que flanquean el *Resolution* luce una vela con mensaje. El viento la hincha lo suficiente para que, a pesar de la distancia, se pueda leer FREE HAWAII.

Waters se hace eco con su descriptivismo habitual, y el dedo nervioso de Tom emprende un ritmo percutivo que cambia de canal con efectos acústicos notables. La imagen del *Resolution* y de sus acompañantes permanece invariable, capturada desde las cámaras de plano fijo, y son solo las voces discordantes de Russell, Auden y Waters las que componen un verdadero rompecabezas sonoro en la sala de la tele, controlado a distancia por el dedo inquieto de Tom. Cada uno de los tres narradores perfila su punto de vista, pero las imágenes encuadradas por los tres realizadores son las mismas, y ello reequilibra los matices del audio.

Es virtualmente imposible enfocar el barco sin mostrar, también, la retahíla de canoas y embarcaciones de todo tipo que navegan junto a él, como un grupo de delfines saltarines patrocinado por los adversarios del complejo Wells Epoch. Las banderas, pancartas y velas de protesta destacan junto al historiado barco. Hacen más evidentes las minúsculas dimensiones de la embarcación que comandaba el capitán Cook cuando completó una gesta de dificultad inversamente proporcional a la eslora de su nave.

—«No a la especulación inmobiliaria» —ruge Jane Auden para Channel Fork—, eso es lo que decía la primera pancarta que la lancha del guardacostas ha arrebatado a los manifestantes embarcados.

—El *Resolution* continúa su majestuoso avance por Kealahue Bay —pondera Russel para la BAN—, ajeno a las protestas de los vecinos.

—Del centenar largo de embarcaciones que flanquean el *Resolution* —relata Waters— solo trece lucen algún signo de disconformidad. La lancha de la Autoridad Portuaria es-